

Una vida de a de veras en *Había mucha neblina o humo o no sé qué*

Cristina Rivera Garza

Había mucha neblina o humo o no sé qué

México, Random House, 2016

Cien años después de su nacimiento celebramos por todo lo alto la vida y el legado artístico de Juan Rulfo. Reportes biográficos, documentales, homenajes, festejos varios en países iberoamericanos tienen como figura central la obra del jalisciense. En México Rulfo está en nuestros referentes culturales habituales, es también un autor imprescindible en las aulas universitarias y en el intercambio académico especializado; es también una presencia insoslayable para quienes tienen como profesión la escritura. Es el caso de Cristina Rivera Garza quien ha manifestado su absoluto interés por la obra de Rulfo y lo ha mostrado de distintas formas a lo largo de varios años. Por ejemplo, en su blog personal, la autora realizó una escritura de intervención en *Pedro Páramo* mediante un ejercicio lúdico en que dialoga con la obra y su autor. *Había mucha neblina o humo o no sé qué* es un volumen que da un valor extra a los festejos por el centenario desde una fiel expresión apasionada por la obra rulfiana.

La lectura de este volumen ofrece varios retos al lector habituado a los discursos lineales y perfectamente ceñidos a una modalidad discursiva. Rivera Garza organiza su libro en seis apartados en que dialogan el cuento, la memoria, el ensayo, la biografía, la cronología, el libro de viajes. De forma intermitente confluyen estas modalidades; emergen sobre todo de la memoria y reconstruyen la historia de los afectos entre una lectora y una obra icónica. Aquí la pregunta: ¿Acaso por eso, por su carácter casi sagrado e intachable, la obra y persona de Rulfo no debieran ser cuestionadas? Una eventual respuesta quizá impulsó a algunas personas a considerar el libro de Rivera como una obra difamatoria, ante lo cual respondió la propia autora: “El presidente de la fundación Juan Rulfo ha calificado a *Había mucha neblina o humo o no sé qué* como un libro difamatorio. Yo discrepo de su opinión, por supuesto. Pero no puedo pedirles a ustedes sus lectores que piensen como yo de manera acrítica o

por imitación o simpatía”¹. Qué ha inquietado tanto a los salvaguardas de la obra del jalisciense. La respuesta la podríamos hallar en las iniciales palabras de la autora.

Pocas cosas me quedan en claro después de andar esculcando las cosas de Juan Rulfo. A ratos me da la impresión de que Rulfo no realizaba todos esos trabajos de los que dependía la vida propia y la de su familia sin darse cuenta de la magnitud –económica, cultural, política- de los proyectos con los que colaboraba. En otros momentos tengo la impresión de que no los llevaba a cabo, tampoco, sin enfrentar los hondos dilemas éticos de toda una época. Modernización, ¿pero para quién? Mejoría y progreso, ¿pero de acuerdo con los estándares de quién? Rulfo era un escritor, sin embargo, no un ideólogo. Eso es lo que me digo. Rulfo era un padre de familia, no un diputado ni un pastor. Eso también me lo repito. Luego lo increpo. Después lo entiendo. Al rato hago las paces con él. Tengo, como se puede ver, pocas cosas claras que ofrecer. Mucho me temo que las vidas de a de veras son así².

La crítica literaria tradicional señala como requisito *sine qua non* la distancia objetiva con la obra a estudiar. Rivera Garza asume el reto de la apropiación de la obra al realizar todo un periplo del que no regresa incólume, porque de una honda lectura no es posible salir indemne. Y ahí tenemos entonces las dudas que atenazan a la lectora atenta y admirada de su autor, “suyo de ella”, espléndido, entrañable. La narradora asume el riesgo de ofrecer desde la mirada desnuda del historiador un reporte documental de los pasos de Rulfo cuando fue empleado de la llantera Goodrich-Euzkadi, de los años en que fue colaborador y asesor de la Comisión del Papaloapan y, en menor medida, indaga en su paso por el Instituto Nacional Indigenista como editor. Y eso, quizá así piensen algunos salvaguardas de la memoria rulfiana, no debiera decirse tan claramente, como lo hace la autora. Pero nada hay de cuestionable a la vida y obra del jalisciense, tan sólo la mirada de una lectura atenta; como tampoco se podría cuestionar nada a este libro que, en medio de las dubitaciones e increpaciones, es un auténtico homenaje a Juan Rulfo.

Rivera Garza no sólo se apropia de la obra rulfiana, se adentra con minuciosidad a los recovecos de los universos narrativos de su autor; también se atreve como pocos lectores a asomarse a la vida personal del escritor y sigue sus pasos cual sombra; se pone en los zapatos del propio Rulfo y revisa archivos, viaja y encuentra documentos, pero también recrea en la distancia temporal de los años 30 y

¹ <http://www.eluniversal.com.mx/articulo/cultura/letras/2017/04/8/rivera-garza-contesta-fundacion-rulfo>

² Rivera Garza, Cristina. *Había mucha neblina o humo o no sé qué*. México, Random House, 2016, p. 20.

40 en México los momentos, los instantes fotográficos que guarda Rulfo en papel y tinta. Para ello, Rivera viaja por la sierra oaxaqueña donde su autor consignara en imágenes no solamente la pobreza, la soledad de las comunidades oaxaqueñas, sino también su organización comunitaria y los rituales que los conectan con el pedazo de tierra que son y que han sido. Asimismo, dialoga desde su extranjería con los indígenas, participa de las celebraciones familiares desde un afuera que poco a poco se va interiorizando tal como le ocurriera al narrador jalisciense. En homenaje a esa experiencia y sobre todo a quienes le guiaron en ese viaje de conocimiento la autora cierra el volumen con el apartado traducido al mixe de esa experiencia a la que titula “Lo que podemos hacer los unos por los otros”.

¿Rulfo pudo hacer algo más por los pueblos desplazados durante aquellos años de reinstalación de comunidades con el proyecto del Papaloapan? La autora no responde pero sí afirma que Juan Rulfo, además de crear una obra que forma parte de nuestro patrimonio cultural, tomó numerosas “fotografías celebratorias de la modernidad alemanista –que luego se convertirían en objeto de culto artístico–”, amén de que con sus informes, Rulfo posibilitó que se “justificara los esfuerzos del gobierno por desalojar comunidades enteras de chinantecos y mazatecos de las regiones designadas para albergar la presa Miguel Alemán”³. Rivera encuentra en su viaje más preguntas que le devuelven a un Rulfo humanizado, con todas las ambigüedades de lo humano.

Otro de los registros del libro es una cierta andadura metafórica. La autora resuelve sus hallazgos y cuestionamientos con la evocación del Ángelus Novus de Paul Klee. La interpretación que elabora Benjamin del cuadro alude a su teoría desde la filosofía de la historia. El ángel recreado por Klee es la representación de la catástrofe del llamado progreso -dice Benjamin-, ante la cual el ángelus sólo puede abrir sus ojos inconmensurables y desear, sin alcanzar a batir sus alas, detener las ruinas. Rulfo, como el Ángelus, vio los huracanes del progreso y los hizo placas fotográficas. Así, con el amparo de la metáfora, la autora en tanto historiadora y escritora habitante del mundo, puede responderse a la pregunta que el maestro de pueblo le lanza a su esposa al llegar a Luvina: “¿Qué país es este, Agripina?”. Y Rivera se responde con más preguntas, pero también nos da algunas respuestas. En el contrapunto de registros

³ *Ibid.* pp. 14-15.

discursivos, la autora nos hace saber que la historia es una construcción, una suerte de ficción al esforzarse en resolver y datar los acontecimientos “tal como fueron”, porque siempre habrá una borradura, una neblina en espera de ser revelada y acaso transformada. Porque el viaje emprendido le deja pocas cosas en claro, tal como lo afirma, pero de él ya emergen múltiples significados y desafíos.

Rivera Garza muestra, como en otros de sus libros, su alma de investigadora; conforme avanzamos en la lectura advertimos su resistencia a ser solo biografía, sólo bitácora, sólo ficción, y vamos reconociendo el esfuerzo, el tiempo invertido, los desvelos de una lectora al extremo. En este volumen emerge no sólo la pasión de quien desea indagar para conocer sino también el proceso que eventualmente transforma el objeto de estudio en el objeto amado por cuanto es ya amorosamente conocido. Rivera al escudriñar documentos, cotejar pies de foto, visitar archivos, entrevistar a personas vinculadas al ambiente de las historias narradas, viajar a Luvina, se reinventa como personaje de Rulfo y hace de su autor más cercano, su propio personaje de ficción. Baste un ejemplo de los variados del volumen:

-Siento que he estado con usted una vida entera –murmura a medida que coloca el pie sobre el borde inferior de la puerta.

-Y así ha sido –le dice él, le dice Juan N. Pérez V. mientras sostiene la puerta abierta e inclina la cabeza hacia el piso. Esconder la mirada, se dice así. Sentir vergüenza⁴.

Una cosa es la novela y otra un libro de historia, decía Ricoeur⁵. Pero estos ámbitos tan aparentemente delimitados encuentran puntos de confluencia. La narradora tamaulipeca reconoce los propósitos de los discursos histórico y literario y los pone a dialogar. Por un lado, la autora emplea a cabalidad las operaciones del historiador: la prueba documental, la explicación-comprensión y la representación historiadora⁶. Su labor se antoja imposible en los tiempos en que la información llega a la comodidad del hogar o la oficina. A la autora no le bastan los numerosos estudios, las tesis universitarias, los doctos informes, también sigue el paso de aquel joven vendedor de llantas en un esforzado y plenamente disfrutado trabajo de campo. A partir de esas pesquisas e informes se permite construir y deconstruir desde el ámbito de la ficción y

⁴ *Ibid.*, p. 54.

⁵ Ricoeur, Paul. *La memoria, la historia, el olvido*. México, FCE, 2004.

⁶ Op. Cit.

la poesía el posible relato de un tal Juan N. Pérez V. ya no como una representación cercana a lo que en efecto fue la vida de Rulfo sino como ella imagina y acaso desea que pudiera haber sido. En ese contrapunto el lector se pierde, se extravía por momentos, pero quizá es así como funciona nuestra percepción del mundo: fragmentariamente, en permanente diálogo, en contante construcción, en necesaria deconstrucción.

En *Pedro Páramo*, Miguel al explicar cómo fue que perdió el camino para regresar a Contla dice que “había mucha neblina o humo o no sé qué”, como una forma de expresar que él ya era un fantasma y que su mundo ya es otro. Este carácter fronterizo es bien sabido por Rivera Garza, quien reside en Estados Unidos desde hace varios años y de forma permanente construye realidades en diferentes idiomas. Estar en la frontera es una forma de emigrar y volver. Quizá en ese estadio intermedio es que podremos apropiarnos de la voz de Rulfo que habla de los muertos que viven; que construye atmósferas y borra moralejas⁷; para quien da lo mismo Damián o Damiana y así desdibuja límites y nociones como identidad genérica. Con este libro, la autora nos remite a la relectura de *El llano en llamas* y *Pedro Páramo* y también a la lectura de un país que se sigue pareciendo mucho al que atestiguó Rulfo. Rivera constata así la actualidad de nuestro autor más celebrado.

Jaqueline Bernal Arana

⁷ Rivera Garza, Op. Cit., p. 81,